

NUEVAS MASCULINIDADES CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

ETIMOLOGIA DE LA PALABRA “VARON”: La palabra “varón” proviene del latín, y se ha identificado su origen con las palabras latinas “VIS” o “VIR”, que hacen alusión a las palabras castellanas FUERZA, VIRTUD y VIRILIDAD.

En cuanto a la etimología de la palabra “mujer” la misma proviene del latín *muller*, y a pesar de que no hay un criterio unívoco sobre la misma, la mayoría de las interpretaciones han entendido que *muller* o *muler* se traduce en algo o alguien débil o frágil.

Por otro lado, la etimología de la palabra “femenino” también tiene un origen controvertido, por un lado están quienes sostienen que su origen se halla en época de la inquisición “*fe minus*” que indicaba la fe menor de la mujer por haber tentado Eva a Adán, según las escrituras del Cristianismo, considerada la mujer en aquellos años inferior por tal motivo; o por otro lado van hasta la época del Imperio Romano para encontrar su significado en los términos romanos “*femur-roris*” o “*femuralia*” los cuales indican telas para tapar o dar más notoriedad al fémur y a los muslos o “calzas”, lo que en aquel momento era muy atractivo para llamar la atención del hombre romano; otra acepción indica que Fémina viene de un verbo latino antiguo “*fevo*”, que significa “fecunda”, lo que significa felicidad o buena fortuna, teniendo esta última una clarísima significación en la mujer y en lo femenino como la capacidad exclusiva y fatal de procrear.

Es notoria la significación histórica en nuestro lenguaje, que las mismas palabras que a diario utilizamos van construyendo nuestra cultura y van conformando y consolidando un mensaje que reconocemos como propio e indiscutible. Por un lado un varón fuerte y poderoso, el cual sirve para proteger, como contrapartida una mujer débil, con necesidades, como un objeto de deseo y sexual que tiene como único y principal destino el procrear, notemos que a pesar que estas palabras

tienen siglos de uso su significado, destino y aplicación en la práctica continua teniendo la misma orientación que tuvieron al originarse.

Ideas y definiciones preliminares y relevantes

Sexo, género y masculinidad son conceptos que frecuentemente se consideran sinónimos. No lo son.

La masculinidad de un nuevo ser puede comenzar a construirse antes del embarazo y continúa después del nacimiento. Para llegar a la igualdad entre los géneros es necesario terminar con la separación entre los espacios masculinos y femeninos. **Hace falta una mayor participación de la mujer en el espacio social y en una inserción más igualitaria del hombre en el espacio privado.**

La palabra masculinidad sugiere la idea de hombre y el título de este trabajo podría sugerir que vamos a referirnos solamente a los hombres, **haciendo una apología de ellos o al contrario, que el objetivo es desprestigiarlos.** Sin embargo, el título no excluye la feminidad, inseparable y complementaria de la masculinidad. Ni todos los hombres tienen las mismas actitudes y comportamientos definidos como masculinos, ni todas las mujeres carecen de este tipo de rasgos. Como veremos más adelante, la masculinidad parece tener una serie de ventajas, por las cuales los hombres aceptarían de buen grado cumplir los roles masculinos y las mujeres desearían adoptar por lo menos algunas de las características atribuidas a ellos, lo que destruye el ideario y principio de la igualdad de género.

Además, el presente también tratara el estado o sistema hetero-patriarcal en el que estamos inmersos y como el mismo denigra y destruye en distintas orbitas a las mujeres, pero a pesar de

que prima facie no parezca, también oprime al varón y a sus relaciones con sus semejantes del sexo opuesto y pares.

Sin embargo, como la masculinidad, de la misma forma que la feminidad, son construcciones sociales, la adhesión de hombres y mujeres a una o a la otra dependerá de la educación que reciban en la infancia y de las influencias a que sean sometidos a lo largo de su vida. Pero nada impide que los hombres adopten algunas conductas consideradas femeninas y las mujeres conductas masculinas. Cuando esto ocurra tendrán que enfrentar conflictos de distinta gravedad, en la medida en que la sociedad en que viven acepte o rechace estos desafíos a la norma cultural.

“Camino hacia la democracia de las relaciones de género”: Este es el punto crucial del trabajo, porque no solo lleva implícito propuestas de cambio que nos conduzcan a un relacionamiento menos desigual y con más equidad de oportunidades y de responsabilidades sino que también implica una redefinición de los roles que el hombre y la mujer han desempeñado durante demasiado tiempo.

Finalmente, se hace necesario recordar lo que dice Mansfield (1998): que la cualidad llamada “masculinidad” puede ser elevada a la posición de *virtud*, en la medida que la hombría se humanice y permita en ella la participación de las mujeres. ***Actualmente, los varones enfrentan el dilema de cómo ser “hombres” y al mismo tiempo ser justos con las mujeres. El dilema de las mujeres es cómo hacer las cosas que los varones hacen y reafirmarse como mujeres.*** Claramente son todos “traumas” que pesan, consciente o inconscientemente, sobre varones y mujeres, pero que al ser construcciones sociales y culturales, todos desde el espacio que ocupemos debemos colaborar en su deconstrucción, por un mundo más justo.

Sexo, género y masculinidad

DEFINICION DE GÉNERO: Género puede ser definido como una categoría dinámica, construida socialmente, que tiene como base las diferencias sexuales biológicas. A partir de estas diferencias se determinan los papeles sociales de hombres y mujeres. El género es construido en un cuerpo que tiene un sexo definido y al que se le atribuyen características psicológicas, sociales y económicas, lo que resulta en acciones y comportamientos específicos, que casi siempre se traducen en **relaciones de poder unilaterales: dominación masculina vs. sumisión femenina** (Figuroa & Liendo, 1995; Scott, 1996; Szasz, 1999).

Si reconocemos que las características de género de hombres y mujeres son una construcción social y no diferencias “naturales” legitimadas por la biología, podemos entender que género es una categoría dinámica que puede ser modificada. Esta noción de género permite colocar en jaque el discurso que afirma que las mujeres nacen con cualidades “femeninas” que determinan que tengan que desempeñar tareas domésticas y cuidar de los hijos, y que los hombres nacen con cualidades “masculinas” que presuponen habilidades para ejercer el poder en el ámbito público y doméstico. Tan solo pensemos por unos minutos en términos como “*ama de casa*”, el sujeto “amo de casa” no existe o “*la reina de la casa*”, se ha colocado a la mujer como una mera administradora de las necesidades cotidianas dentro de un hogar familiar, salir de este círculo aparentemente sería ir en contra de lo que se espera que ella haga.

Masculinidad, según el diccionario, es la cualidad de masculino, que incluye la virilidad y el ser varonil, enérgico, fuerte y macho. Se observa que la masculinidad se basa en **valores físicos** que posteriormente se transforman en **valores morales**. Además, la masculinidad se ha sexualizado y es tratada como sinónimo de virilidad (Barbosa, 1998). *La sexualización de la palabra*

masculinidad y sus representaciones simbólicas están asociadas al falo y a los comportamientos resultantes del hecho de poseerlo y de dar pruebas de su funcionamiento (Parker, 1991).

Se hace necesario definir sexo y género porque frecuentemente estos conceptos son considerados sinónimos. Sin embargo, se trata de categorías diferentes porque las características anatómicas determinan el **sexo** al cual pertenece el individuo, mientras que **género** es una construcción social que define lo que significa ser de un sexo o del otro en la sociedad.

Las personas nacen con un sexo biológico y este acaba determinando la forma como serán tratadas socialmente por los padres, la familia y por la comunidad a la que pertenecen, para llegar a ser hombres y mujeres con atributos aceptados socialmente. Este proceso y sus comportamientos varían de una sociedad a otra y también de acuerdo con el tiempo histórico en que estas personas están insertas. Por ejemplo: en la India es común que dos hombres heterosexuales caminen abrazados o tomados de la mano, en la Argentina no; en el siglo XIX los varones de occidente de alto poder adquisitivo usaban apretadas calzas de colores claros, en la actualidad no es común.

Lo que no varía ni es dinámico, es el patriarcado, reconociendo mayores derechos y permitiendo además el abuso de esos a hombres heterosexuales (generalmente blancos y propietarios), siempre en detrimento de la mujer, adolescente y niña.

Si por un lado, ***la biología determina las características funcionales de la reproducción de un macho y de una hembra***, por otro, ***el ambiente y el contexto social determinan las expresiones de los comportamientos asociados a lo que se acostumbra llamar de masculinidad y de feminidad.***

La Masculinidad Dentro De Los Estudios De Género

Los estudios de hombres, de masculinidad o de masculinidades, van a plantear, en primer lugar, que la masculinidad es un constructo histórico y cultural, de modo que lejos del determinismo biológico o la mirada etnocéntrica tendiente a la universalización de una particular forma de ser hombre, las concepciones y las prácticas sociales en torno a este concepto varían según los tiempos y lugares, insisto. No hay un único y permanente modelo de “masculinidad” válido para cualquier grupo social o para cualquier momento. Es más, incluso en una misma sociedad las masculinidades son múltiples, definidas diferencialmente según criterios como la edad, la clase social o la etnia (Jociles, 2001), al igual que pueden cambiar a lo largo del trayecto vital de una misma persona (Núñez, 1999).

Para antropólogos como Matheu Guttman (1998, 2000) se podrían dar tres definiciones (conceptos) de masculinidad: 1. La masculinidad es, por definición, cualquier cosa que los hombres piensen y hagan. 2. La masculinidad es todo lo que los hombres piensen y hagan para ser hombres. 3. Algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados “más hombres” que otros hombres.

La última forma de abordar la masculinidad subraya la importancia central y general de las relaciones masculino-femenino, de tal manera que la masculinidad es cualquier cosa que no sean las mujeres. No es así el sentido del término “*femineidad*” y “*feminismo*” o el “*ser mujer*”, estos conceptos y sus interpretaciones y usos no son contrarios al ser varón ni denigran a este a un segundo lugar, ni le dan un sentimiento peyorativo.

Los mecanismos culturales y sociales utilizados para demostrar que “se es un hombre de verdad” varían notablemente en función de la época histórica, la clase social, la etapa evolutiva y la cultura de referencia –especialmente- por la forma de entender la contraposición entre lo masculino y lo

femenino. Asimismo guarda una relación directa con el sistema de producción, los valores y las normas que cada cultura considera deseables.

Al afirmar que la masculinidad y “lo femenino”, junto a sus consecuencias o derivaciones son productos sociales y culturales podemos confirmar que tales formatos pueden ser cambiados o modificados, que no son connaturales ni necesarios así como los conocemos, que no existen mandatos ni caminos de una sola vía, que podemos considerar y reconocer algo mejor y superador con equidad de géneros.

Para Godelier, ésta sería una definición de masculinidad entre las personas tomando como base sus estudios etnográficos: *“Para ser masculino un hombre debe estar dispuesto a luchar e infligir dolor, pero también a sufrir y soportar dolor. Él busca aventuras y pruebas de su coraje y lleva las cicatrices de sus aventuras orgullosamente. Una mujer enfrenta el peligro en el parto, un riesgo del que no puede escapar. Un hombre tiene que aceptar el peligro libre y voluntariamente o si no él no es un hombre. Una mujer sangra en la menstruación y en el parto. Un hombre sangra en la guerra, en los rituales y en los trabajos peligrosos que él asume para que las mujeres puedan criar a sus hijos en un ambiente seguro. El dominio social masculino debe ser visto como fruto del sacrificio del hombre. Un hombre busca el poder, la riqueza y el éxito no para sí mismo sino para otros. Él recibe honores por su disposición a servir o morir si es necesario. La hombría es un honor, pero a menudo es un honor mortal”* (Godelier, 1986).

En estos tiempos de cambio, el concepto de ser hombre ha variado. Diversos autores tratan de dar una nueva definición de masculinidad. Algunos dicen que ser hombre es no ser mujer. *¿Podría definirse la masculinidad sin mencionar ni contraponer la figura de la mujer?* Estimo que si fuese sumamente necesario u obligatorio definir la masculinidad, creo que sí.

Otros afirman que la masculinidad se construye sobre los valores consustanciales de una heterosexualidad hegemónica que derivaría en actitudes como la homofobia (Guasch, 2008). Esta es la definición más común y corriente que encontramos en nuestra sociedad. Pero, *¿sería posible definir a la masculinidad desde una perspectiva de género?* Sí, y es hacia donde debemos apuntar y contribuir cuando hablamos, señalamos y construimos las relaciones sociales, jurídicas y de hecho entre varones y mujeres.

Construcción social & cultural de la masculinidad. Su DECONSTRUCCION.-

La construcción de la masculinidad de un nuevo ser puede comenzar cuando la pareja planifica un embarazo o cuando la mujer descubre que está embarazada. Los futuros padres empiezan a imaginarse las características que tendrá el hijo, incluyendo su sexo. Según se imaginen un niño o una niña, los padres tendrán un comportamiento diferente que comenzaría antes del parto, incluyendo la preparación del ajuar. Después del nacimiento, el tratamiento diferencial continúa, con la participación de todas las personas que se relacionan con el niño(a).

A partir del nacimiento, el bebé de sexo masculino ya comienza a darse cuenta de lo que se espera de él por tener las características de sus órganos genitales. Los primeros años de vida son fundamentales y responsables por las características del hombre que va a surgir.

La familia, la escuela, los medios de comunicación y la sociedad en general le enseñan explícita e implícitamente la forma en que debe pensar, sentir y actuar como “hombre”. Por ejemplo, no puede llorar, debe ser fuerte, no debe mostrar sus sentimientos, no puede tener miedo, y debe ser viril. Estas enseñanzas comienzan a afectar la forma cómo el niño se relaciona consigo mismo y con los demás.

Al nacer, el hijo es absolutamente dependiente de su madre, figura que ocupa el lugar preponderante de su vida, especialmente porque satisface sus necesidades físicas, ejerciendo funciones que permiten su supervivencia. ***Esta es una primera manifestación de la influencia de los papeles de género que atribuyen a la madre el cuidado del hijo y al padre el proveer económicamente a la familia, sin tener responsabilidades domésticas.***

El fin de la relación de dependencia con la madre es un proceso que para la mayoría se da al final del período infantil. Junto con ocurrir esta ruptura, el niño va asumiendo actitudes que corresponden al rol masculino. La figura paterna tendrá una función libertadora, rompiendo el vínculo cerrado entre madre e hijo. En ausencia del padre otro hombre tomará su lugar (abuelo, tío, hermano mayor), y en algunos casos la propia madre pasa a desempeñar funciones y a adoptar actitudes que culturalmente se interpretan como masculinas. La figura paterna se presenta como un conductor que enseña orden, disciplina y responsabilidad (Vieira, 1986). La figura materna se presenta como quien brinda amor, comida e higiene. En ese ambiente de patriarcado, y por ende de desigualdad, es que el niño varón crece y se desarrolla.

Además de la familia, la **escuela** refuerza los papeles de género. No sólo los textos escolares reproducen la sociedad patriarcal, los profesores de ambos sexos aceptan y hasta exigen conductas diferentes de los niños y de las niñas, reforzando las relaciones de poder favorables a los varones. Como por ejemplo: que las niñas en escuelas públicas y estatales, concurren a los actos escolares de fechas de importancia, prolijamente peinadas y usando minifaldas, en caso de no presentarse de tal manera son proclives a ser sancionadas por las autoridades, quitándoles el honor de ser abanderadas o de izar la bandera –p. ej.-, tal requisito no es exigido al niño con la mismas fuerza y condiciones, se “sobreentiende” que el “varoncito” es más revoltoso, rebelde e informal por lo que es aceptable exigirle a este otras condiciones distintas.

La mayor parte de las religiones también contribuye a reforzar el poder masculino, ya que la jerarquía de todas ellas está absolutamente dominada por hombres y las mujeres ocupan un lugar de total subordinación. A pesar de que ha habido algunos progresos en contadas religiones, otras resisten obstinadamente cualquier aproximación a la igualdad de géneros.

La masculinidad posee un elemento clave que es el **poder; ser hombre significa tener y ejercer poder**. El poder asociado a la masculinidad exige poseer algunas características, tales como ganar, ordenar, lograr objetivos, ser el único proveedor y sostén económico, y ser duro. Por otra parte, las características genéricas atribuidas al hombre, tales como objetividad y racionalidad, le otorgan un dominio sobre la mujer. Desde tiempos históricos, y en menor medida también se percibe en la actualidad, se ha tenido a la mujer como más débil, perezosa e ineficiente por su ovulación y menstruación periódica, y por su capacidad de poder quedar embarazada, lo cual ha sido y es usado como excusa y fundamento para negarle espacios de trabajo, ergo espacios de independencia, desarrollo personal y poder.

Aplicado en un sentido amplio, ***poder también significa controlar sentimientos, emociones y necesidades afectivas, para evitar la pérdida de dominio y el control sobre los otros, y también por el temor de que le atribuyan características femeninas, que son absolutamente rechazadas*** (Kaufman, 1994).

De este forma, la masculinidad se ha transformado en alineación, ya que implica suprimir emociones, sentimientos y negar necesidades. El varón llega a temer que si experimenta y demuestra sentimientos de ternura y afecto puede transformarse nuevamente en un niño dependiente. Se siente obligado a creer que la mujer le pertenece y que las relaciones con ella deben ser más de poder que afectivas (Vieira, 1986). De esta forma, *el varón se aísla no solo de*

la mujer. Nótese el terror y rechazo del varón a sentir, ya que esto lo convertiría en alguien parecido a una mujer, una vez más se destituye a la mujer del lugar digno de persona humana que le corresponde.

Superadas esas crisis de identidad, la cultura en que los hombres están inmersos le enseñaron que *la norma* supone la imposibilidad de dominar sus impulsos sexuales, sintiéndose, por lo tanto, obligados a no perder oportunidades y creer que siempre, o casi siempre, deben ser **satisfechos sexualmente** (Morris, 1999; Gogna, 1998; Villela, 1997). **Las conquistas amorosas, la erección del pene, la penetración, y las proezas sexuales son símbolos de autoafirmación de la virilidad.** De esta forma, la afirmación de su identidad masculina exige del varón comportamientos sexuales que se basan en *correr riesgos y en una falta de cuidados de ellos mismos y de sus parejas*. Cuántas de estas condiciones y posiciones “masculinas” dan origen a distintos abusos y violaciones de tipo sexual, y cuantas son creídas por los sujetos que intervienen como culturales y normales (y en algunos lugares hasta son legales), por ejemplo abusos sexuales en una relación de noviazgo o entre esposo y esposa.

La masculinidad, dentro de esa construcción, se mide de acuerdo con la exclusividad y multiplicidad de sus parejas heterosexuales. La satisfacción está centrada en los genitales y en la penetración. Se caracteriza también por la homofobia y el rechazo a cualquier feminización de sus conductas (Figueroa, 1998; Kaufman, 1994; Parquer, 1991). Los insultos entre varones de todas las edades, más comunes son: “*corres como nena*”, “*pareces mina*”, “*histérica*” o “*no seas puto*”, “*qué marica que sos*”, en el llamado inconsciente colectivo se tiene a la mujer y a lo que ella desea o es, en un lugar deshonroso en algo que no hay que llegar a ser ni parecerse, lo mismo sucede con la homosexualidad, pensemos entonces en las posibilidades de una mujer lesbiana de ejercer y vivir efectivamente sus derechos en una sociedad como esta, o reflexionemos entonces por que

aun en la actualidad le cuesta tanto a un varón decir abierta y públicamente –si es que así lo desea- que es bisexual o gay, el trauma que le genera –en la mayoría de los casos- tiene un fuerte origen social y cultural, que le produce culpa al no poder satisfacer sus deseos personales o al hacerlo, esta es otra “victoria” del hetero-patriarcado en el que vivimos.

Otra función atribuida socialmente al hombre es el **trabajo remunerado**, lo que constituye el centro de su respetabilidad en la sociedad. El trabajo le permite obtener reconocimiento social y le otorga seguridad y autonomía (Valdés & Olavarría, 1998). Por eso mismo, la pérdida del empleo genera tensiones no solamente económicas, sino también afectivas y de identidad. ***El trabajo remunerado ha pasado a ser un papel tan arraigado al varón que la pérdida del empleo se traduce en una disminución de su masculinidad***, tanto desde la percepción del propio varón como de su mujer y de sus hijos (Lew-Starowicz & Wieczorek, 1999). Se ha descrito que los hombres que quedan sin trabajo serían más violentos con las esposas e hijos, deprimidos y hasta más adictos al alcohol (Katzman, 1991).

La masculinidad construida a lo largo de la vida (poder y control sobre las mujeres y la familia, superioridad, sexo erótico inagotable, entre otros mandatos), varía de acuerdo con las características sociales, económicas y demográficas del varón, y del ambiente en que crece y vive. Por otra parte, la masculinidad es considerada una cualidad que así como se obtiene, se puede perder, de acuerdo con las circunstancias y a la historia de cada individuo. El varón que pierde su masculinidad es generalmente sancionado socialmente por sus pares, excluyéndolo y así exponiendo su deseo y decisión de no seguir la “regla”.

Relaciones de géneros

De la misma forma como se construye la masculinidad, **la feminidad también inicia su construcción desde antes del nacimiento y continúa a lo largo de la vida.** Los niños son estimulados a jugar en espacios abiertos, en la calle, a la pelota, con autos y a la guerra. Las niñas juegan con muñecas y bebetes, imitan las tareas domésticas ejercidas por su madre y raras veces les es permitido jugar fuera de su casa. Desde pequeños, los varones comienzan a percibir su fuerza y las niñas su dependencia. Se le enseña a cada uno de ellos el lugar social que ocupan, en que el varón siempre tiene poder y ventajas. Es común que a las niñas se les mande a lavar los platos o a arreglar la cama (de ella y de su hermano) mientras que al niño no se le atribuyen tareas domésticas. Si las hace, es solo excepcionalmente o como castigo, nunca como regla o como deber.

Culturalmente son definidos algunos patrones de comportamiento en donde el poder y la desigualdad son elementos que favorecen al hombre y donde la mujer debe postergarse a un segundo plano.

La **moral** se mide con diferente vara si se es hombre o mujer: el hecho de tener deslices fuera del matrimonio en el hombre es permitido y considerado natural mientras que a la mujer se le exige castidad, fidelidad y guardar silencio frente a la infidelidad masculina, y su permanencia exclusiva en el hogar ya que se considera que es la única que sabe cómo criar a los hijos (Paiva, 1996; Gogna, 1998; Villela, 1997; Barbosa & Uziel, 1996).

En familias de bajo nivel económico (en general), la mujer tiene menos independencia y menor importancia social. **Esta desigualdad crea mayor obligación de someterse, por tener menos opciones de vida y desarrollo económico.** Esto es denominado violencia económica de género, y debe ser erradicada.

En el ámbito público, una de las principales quejas de las mujeres con relación a la masculinidad, es que las excluye. Se trata de hacerles creer que es mejor ser frágil, sumisa, atractiva, alegre y poco inteligente, cuando en realidad los hombres piensan que es mejor ser fuerte, agresivo e inteligente. Otra queja y exigencia es que los hombres se apropian de las cosas buenas de la vida. Por lo tanto, *sería mejor ser hombre*. En el ámbito doméstico, el poder no se ejercita solamente a través de la violencia, también puede ejercerse considerando a la mujer y los hijos como una categoría de empleados, dependientes y sumisos, lo que resulta en una falta de autonomía y de autocuidado de ellos. Así va conformándose y creándose la ubicación del varón dentro de una comunidad y sociedad.

Además del trauma físico, que es la consecuencia más común, la violencia doméstica provoca una serie de otras consecuencias para la salud de la mujer, que van desde una mayor frecuencia del uso de cigarrillos y del alcohol, alteraciones psicológicas como depresión, hasta manifestaciones somáticas gastrointestinales y ginecológicas.

Precio de la masculinidad

El hecho de correr riesgo, que se considera parte de la naturaleza masculina, se manifiesta inclusive en la salud reproductiva, porque habitualmente los varones no se protegen, ni tampoco protegen a sus parejas del riesgo de transmisión de enfermedades (Guimarães, 1996; Villela, 1997; Gogna, 1998). Una manifestación de esta conducta masculina es la sobre mortalidad en hombres por HIV/SIDA en todo el mundo.

El modelo aceptado de masculinidad, hace también muy difícil que el varón acepte estar enfermo dentro de su familia y de su grupo social. Es considerado anormal y un signo de debilidad que un varón reconozca y acepte que posee o puede tener algún tipo de patología, y recurrir a un

psicólogo o psicoanalista, y así empezar voluntariamente alguna terapia para su salud mental. Éste al no enfrentar ni tratar sus problemas psíquicos, por sostener y ejercer patrones patriarcales y omnipotentes de conducta, omite esta solución, no considera pedir auxilio o ayuda a ningún profesional especializado, esto con el tiempo trasciende y se manifiesta en acciones violentas para con su entorno próximo.

De la misma manera, la necesidad de ser y parecer fuerte, viril, se transforma en un obstáculo para que los hombres acepten la posibilidad de tener **problemas de infertilidad**, y difícilmente comparten con la mujer el proceso diagnóstico, en las parejas que no consiguen tener hijos. Esta actitud afecta ciertamente a la mujer, que se somete a exámenes que no serían necesarios, si desde el inicio un simple espermograma hubiera diagnosticado un factor masculino de esterilidad. Sin embargo, también afecta al hombre, porque retarda su diagnóstico y tratamiento que se hace más difícil si la enfermedad es evolutiva. Asimismo, el concepto de que la fertilidad es un componente importante de la virilidad, hace que el hombre estéril se sienta disminuido en su masculinidad, le cueste aceptar la situación, culpe a su mujer y tenga dificultades en encarar el problema, tanto frente a los servicios de salud como frente a la sociedad.

Similares actitudes se dan al momento en que una pareja sexual heterosexual estable elige un método anticonceptivo, en la generalidad de los casos el varón desea no usar un preservativo, por lo que la carga de la elección y el método recae sobre el cuerpo de la mujer: pastillas anticonceptivas, pastilla del día después, DIU, ligadura de trompas y otros métodos anticonceptivos que pueden dañar en el largo plazo el cuerpo de la mujer, jamás se tiene como posibilidad la vasectomía, que es una operación rápida e inofensiva, sin secuelas y de rápida curación, no produce ningún tipo de daño ni en el corto ni en el largo plazo, es reversible, pero debe realizarse en la genitalidad del varón, lo que hace que este la rechace, aduciendo que el

“cuidarse” es un tema y responsabilidad de la mujer. Otra victoria del sistema patriarcal en contra de la libertad, protección y salud de mujeres y varones.

El camino hacia la democracia dentro de las relaciones de género

En este siglo se está hablando de una crisis de la masculinidad a causa de los cambios ocurridos en el campo cultural, económico y social; parte de estos cambios lo constituye la liberación y mayor integración de la mujer en el espacio público (Figuroa & Liendro, 1995). **La lucha de las mujeres para hacer desaparecer el patriarcado ha conseguido disminuir la influencia de este en algunas estructuras políticas, sociales y económicas, aun no en todas.**

Actualmente, existe un gran número de hombres que aceptan y apoyan los movimientos feministas. Muchos, estando a favor o en contra, ya han percibido que el mundo está cambiando. Algunos de ellos continúan defendiendo el patriarcado, otros llenos de dudas y temores acompañan el camino, sin decidir qué actitud tomar y por último, existen aquellos que entienden que los estereotipos actuales deben desaparecer y defienden la igualdad y equidad de decisión y poder entre géneros (Kaufman, 1994).

En los últimos años, la mujer ha conseguido conquistar un mayor espacio social, incursionando en algunos ambientes que eran de exclusividad masculina. De esta forma, el espacio público está paulatinamente integrando a la mujer y pasando a ser responsabilidad de individuos de ambos sexos. **Sin embargo, el espacio doméstico continúa siendo de responsabilidad femenina y el hombre es solamente un cooperador cuando quiere y puede.** Lo que implica un doble trabajo, y gasto de energías, para la mujer en el ámbito público y en el ámbito privado. Es difícil, mas no imposible, que el varón reconozca los privilegios con los que nació por el solo hecho de haber nacido varón, que los reconozca y luche para derrumbarlos.

Algunas disciplinas, como la **demografía y la medicina** que tradicionalmente no les habían dado la debida importancia a los hombres en el proceso reproductivo, comenzaron a cambiar esta actitud. Las Encuestas sobre Demografía y Salud, antiguamente llamadas Encuestas de Fertilidad, comenzaron a incluir una muestra de hombres en los últimos años, después de décadas en que solo las mujeres eran entrevistadas. De la misma forma, no se involucraba al hombre en la atención al embarazo y al parto, considerándolo responsable solamente de provocar la gestación (Figuroa, 1998). Actualmente, se observa una tendencia cada vez mayor a estimular la participación del hombre en la atención prenatal, en la preparación para el parto y en su presencia durante el nacimiento.

Asimismo, los investigadores de nuevos métodos anticonceptivos están mostrando una mayor preocupación por el desarrollo de métodos masculinos.

Aunque en noviembre de 2016, un estudio y laboratorio rechazaron una inyección anticoncepción masculina, por lo efectos secundarios que esta provocaba, los cuales son exactamente los mismos que tiene la píldora femenina, acné, dolores de cabeza, aumento de la libido. Los laboratorios médicos y comerciales adujeron que la mayoría de los hombres no estarían interesados en atravesar esos síntomas ni en comprar tal método anticonceptivo, por lo cual no lo incorporaron al mercado. Dejando indirectamente el tema de planificación familiar solamente en manos de la mujer, desde ningún punto de vista esto deber ser considerado de esta manera.

Según Figuroa (1998) la perspectiva de género permite repensar lo que verdaderamente significa ser mujer y ser hombre, como una posibilidad para **resignificarnos como individuos**. El análisis de género permite también redefinir las diferencias entre hombres y mujeres desde el punto de vista de las normas morales, y reconstruirlas con esta nueva perspectiva. Ese proceso

no debe quedar en el discurso, sino que traducirse en cambios conductuales en la vida social y familiar. En salud reproductiva, llevar a cabo este proceso es doloroso, porque significa para el hombre replantearse la propia identidad para poder asumir responsabilidades que no había aprendido a reconocer como propias. Se hace necesario favorecer la participación del hombre en forma efectiva, a través de estrategias que lo ayuden a reconocer sus necesidades, a hablar de sí mismo, a analizar las transgresiones de normas y formas de vida, así como a propiciar el autocuidado de su cuerpo, olvidando estereotipos que lo someten a riesgos innecesarios.

Horowitz & Kaufman (1989) hablan de la **teoría de la liberación masculina** que trata de escaparse de los comportamientos típicos de la masculinidad, tales como la opresión, agresión y dominación de la mujer.

En el *ámbito doméstico*, las funciones que eran supremacía del varón **-autoridad, proveedor y protector-** se han desvalorizado, porque la mujer ha ido caminando progresivamente hacia la liberación y la igualdad. Estos cambios provocan conflictos emocionales en los varones, al sentir que su papel está siendo cuestionado. Se vive una crisis de la masculinidad en el ámbito público por el surgimiento de la competencia femenina y en lo privado, porque paulatinamente se vislumbra la democratización de ese espacio. Pero tal “crisis masculina” no debe ser vista caóticamente sino como la posibilidad y el tiempo de entender el nuevo, más completo y mejor espacio de actuación y responsabilidad que debemos tener los varones, para esto debemos renunciar a privilegios injustificados y comprender el espacio necesario y vital que debe ocupar la mujer en el desarrollo integral de la sociedad y de las personas, ser autocríticos y batallar al lado de nuestras compañeras por sus legítimos y expropiados derechos.

Soluciones hacia una masculinidad anti-patriarcal y con perspectiva de género

Recién en 1995 en la Declaración de Beijing se aconseja explícitamente “**Alentar a los hombres para que participen plenamente en todas las acciones encaminadas hacia la igualdad**”. En esta línea, en 2005 en la Comisión sobre la Condición Jurídica y Social de la Mujer (CSW) de la ONU, se recoge el informe denominado “El papel de los hombres y niños en el logro de la igualdad de género” que fue presentado por Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, a la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer en marzo de 2004.

En opinión de ciertos autores “cada día es más clara (*al menos para la mayoría de las mujeres militantes de esta causa*) la necesidad de incorporar a los hombres al proceso por la igualdad entre los géneros. Para los hombres, esta incorporación es importante y asumirla nos plantea la necesidad de cambios. Lo que hemos hecho hasta ahora: Asumir la masculinidad hegemónica y sus valores –varios de ellos desigualitarios y humanamente empobrecedores-; y reproducirla en nuestro comportamiento cotidiano. Masculinidad que nos reporta privilegios de partida, pero a **costa de las mujeres y de nosotros mismos**” (D. Leal, P. Szil, J. A Lozoya, L. Bonino, 2003).

Como estos autores afirman, “*entre los inconvenientes que la desigualdad plantea destacan especialmente: la imposibilidad de una relación igualitaria y de equivalencia con las mujeres, y la homofobia como mandato, que entorpece la amistad profunda y cercana entre los hombres. Superar esta situación requiere de los hombres una **reflexión autocrítica y para ello los grupos pueden ser un buen instrumento***”. Y, ¿*qué son los grupos de hombres igualitarios?*, la respuesta es clara y concisa: “*Algunos hombres estamos hartos de ser el hombre que nos han enseñado que debemos ser (hombres serios, responsables y dueños de nuestras vidas y la de las demás, tan fuertes y valientes que no podemos rendirnos nunca, sin necesidad de nadie y con las mujeres a nuestro servicio, destacando siempre e intentando ser los primeros, competitivos, agresivos, sin poder expresar sentimientos, viviendo las relaciones sexuales como un examen continuo de*

nuestra propia virilidad, teniendo todas las soluciones y sabiendo tomar todas las decisiones, no llorando bajo ningún concepto...)”.

Algunas soluciones: Estos grupos o colectivos de acción y movilización de varones anti patriarcales no son ni más ni menos que un lugar para hablar de esas cosas que el mandato masculino tradicional nos prohibió o nos estimuló en demasía, de las posiciones en que nos colocó respecto a los otros y las otras, un espacio para dejar la fachada a un lado y hablar sinceramente de nuestros miedos, nuestras vulnerabilidades, nuestros deseos e intereses inconfesables y de mostrar que no somos el héroe ni el macho infalible, ni que tenemos que definirnos en función de buscar el control y dominio sobre otros u otras. Ése es su valor, y ésta es la oportunidad que ofrecen a todos los hombres que están hartos de parecer lo que no son o de ser lo que no desean o provocan daño, y que con alegría, pueden reflexionar juntos, asumiendo el reto de la plena equidad, y futura igualdad entre géneros.

Apreciación Final

En el camino hacia la igualdad, es fundamental terminar con la separación de los dos espacios en masculinos y femeninos, y con los desequilibrios entre los géneros en la vida diaria. Se debe aprender a vivir sobre una base de igualdad y ese aprendizaje debe comenzar a partir del nacimiento y de la crianza. Se hace necesario un cuestionamiento profundo que lleve a una transformación del espacio social, al mismo tiempo que se discutan las condiciones que favorecerían una inserción más igualitaria del hombre en el espacio privado.

Para que estos cambios ocurran, los hombres tienen que llegar a entender que las normas sociales actuales que aparentemente les dan las ventajas del poder, al mismo tiempo los hacen

prisioneros de estereotipos que los atan y ahogan en una camisa de fuerza artificialmente construida por la cultura patriarcal.

BIBLIOGRAFIA

- **Políticas y Estrategias en Salud Pública, Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP) São Paulo, Brasil.-**
- ***EL SIGNIFICADO DE LA MASCULINIDAD PARA EL ANÁLISIS SOCIAL - THE MEANING OF THE MASCULINITY FOR THE SOCIAL ANALYSIS Anastasia Téllez Infantes y Ana Dolores Verdú Delgado* Universidad Miguel Hernández de Elche.-***